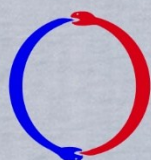


# OCEANUM



año 9, nº 1 enero de 2026



ISSN 2605-4094

**OCEANUM**

**Revista literaria independiente**

**Año 9, nº 1**

**Enero de 2026**

**Editada en Gijón (Asturias) por**

**Miguel A. Pérez García**

[revista@revistaoceanum.com](mailto:revista@revistaoceanum.com)

**Dirección:**

Miguel A. Pérez

[Miguel@revistaoceanum.com](mailto:Miguel@revistaoceanum.com)

**Comité editorial:**

Pravia Arango

Javier Dámaso

Osvaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

**Corrección de textos:**

Andrea Melamud

[correcciontextosam@outlook.com](mailto:correcciontextosam@outlook.com)

**Página web:**

[www.revistaoceanum.com](http://www.revistaoceanum.com)

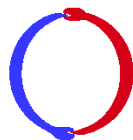
[Sara@revistaoceanum.com](mailto:Sara@revistaoceanum.com)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

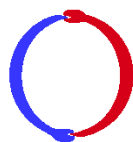
Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: [suscripcion@revistaoceanum.com](mailto:suscripcion@revistaoceanum.com)





<b>6</b>	<b>La galera</b>		
	Entrevista a Juan Bautista Durán	Ginés J. Vera	6
	Hablamos sobre <i>Comerás flores</i> en “La revoltosa” (Gijón)	Pravia Arango	10
<b>15</b>	<b>Dentro de una botella</b>		
	Leonardo da Vinci: un saber completo para comprender la esencia del derecho	Diego García Paz	15
	Huellas de James Joyce en el legado de Dámaso Alonso en la Biblioteca de la Real Academia Española	Pilar Egoscozabal	19
<b>32</b>	<b>Estelas en la mar</b>		
	Con el poeta Juan Alcaide	Encarnación Sánchez	32
<b>35</b>	<b>¡Avante toda!</b>		
	Propósitos libresco...	Pilar Úcar	35
<b>39</b>	<b>La estrella polar</b>		
	Frankenstein: vayamos por partes	Miguel A. Pérez	39
<b>49</b>	<b>El grumete</b>		
	La TIA de Ibáñez	Goyo	49
<b>53</b>	<b>L'imperceptible écume</b>		
	Sophie Marie van der Pas	Miguel Ángel Real	53
<b>58</b>	<b>Outros mares</b>		
	Unha praia	Augusto Guedes	58



<b>61</b>	<b>Espuma de mar</b>		
	Premios y concursos literarios		62
	Con un toque literario	Goyo	64
	Noticias breves		66
<b>68</b>	<b>Gran Sol</b>		
	<i>Frankenstein o el moderno Prometeo</i> (fragmento)	Mary Shelley	68
<b>101</b>	<b>Nuevos horizontes</b>		
	Recuerdito austriaco	Osvaldo Beker	102
	África me cambió	Ginés J. Vera	105
	Ludovico	Isaías Covarrubias Marquina	108
	Después oyó a otra persona	Miguel Quintana	112
<b>120</b>	<b>Créditos de fotografía e ilustración</b>		



rácter de cada quien. La escribió imaginándose lo que Fermina Daza le hubiera contestado a él si lo quisiera tanto como aquella criatura desamparada quería a su pretendiente. Dos días después, desde luego, tuvo que escribir también la réplica del novio con la caligrafía, el estilo y la clase de amor que le había atribuido en la primera carta, y fue así como terminó comprometido en una correspondencia febril consigo mismo. Antes de un mes, ambos fueron por separado a darle las gracias por lo que él mismo había propuesto en la carta del novio y aceptado con devoción en la respuesta de la chica: iban a casarse.

Sólo cuando tuvieron el primer hijo se dieron cuenta, por una conversación casual, de que las cartas de ambos habían sido escritas por el mismo escribano, y por primera vez fueron juntos al portal para nombrarlo padrino del niño. Florentino Ariza se entusiasmó tanto con la evidencia práctica de sus enjuenques, que sacó tiempo de donde no lo tenía para escribir un *Secretario de los Enamorados* más poético y amplio que el que hasta entonces se vendía por veinte centavos en los portales, y que media ciudad conocía de memoria. Puso en orden las situaciones imaginables en que pudieran encontrarse Fermina Daza y él, y para todas escribió tantos modelos cuantas alternativas de ida y vuelta le parecieron posibles. Al final tuvo unas mil cartas en tres tomos tan cuadrados como el diccionario de Covarrubias, pero ningún impresor de la ciudad se arriesgó a publicarlos, y terminaron en algún desván de la casa, con otros papeles del pasado, pues Tránsito Ariza se negó de plano a desenterrar las múcuras para malbaratar sus ahorros de toda la vida en una locura editorial. Años después, cuando Florentino Ariza tuvo recursos propios para publi-

236

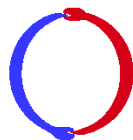
có, le costó trabajo admitir la realidad de que los sentimientos de amor habían pasado de moda. Él daba los primeros pasos en la Compañía del Caribe y escribía cartas gratis en nombre de los Escribanos, los amigos de juventud que Florentino Ariza tenían la certidumbre de que jamás lo perderían, perdiéndolo poco a poco y sin regreso. Así todavía cuando regresó del viaje por el río veía algunos de ellos con la esperanza de atenuar los recuerdos de Fermina Daza, jugaba al billar con ellos, fue a sus últimos bailes, se prestaba al azar de ser riado entre las muchachas, se prestaba a todo lo que le pareciera bueno para volver a ser el que fue. Después, cuando el tío León XII lo acreditó como empleado, jugaba al dominó con sus compañeros de oficina en el Club del Comercio, y éstos empezaron a reconocerlo como uno de los suyos cuando ya no les hablaba sino de la empresa de navegación, que no mencionaba con su nombre completo sino con sus iniciales: la C.F.C. Cambió hasta el modo de comer. De indiferente e irregular que había sido hasta entonces en la mesa, se volvió igual y austero hasta el fin de sus días: una taza grande de café negro al desayuno, una posta de pescado hervido con arroz blanco, al almuerzo, y una taza de café con leche con un pedazo de queso antes de acostarse. Bebía café negro a toda hora, en cualquier parte y en cualquier circunstancia, y hasta treinta tacitas diarias: una infusión igual al petróleo crudo que prefería prepararse él mismo, y que siempre tenía en un termo al alcance de la mano. Era otro, en contra de su propósito firme y sus esfuerzos ansiosos de seguir siendo el mismo que había sido antes del tropezón mortal del amor.

La verdad es que nunca volvería a serlo. La recuperación de Fermina Daza fue el objetivo único de su vida, y estaba tan seguro de lograrla tarde o

237

# Propósitos librescos...





Pilar Úcar Ventura



lesco y hasta ficticio.

Como si uno despegara de la tierra, se olvida de sus raíces y se encuentra con lo libresco; también acude la RAE en ayuda limítrofe a semejante desvarío de familia léxica, al referirse a todo aquello que concierne al libro, por un lado, o al escritor o autor que se inspira en la lectura de los libros (cierto, la inclusión de género no ha llegado a las más novedosas y actuales versiones del DRAE), por otro.

No puedo evitar la imagen de Alonso Quijano; así acabaremos, con la sesera derretida a pesar de estos fríos estacionales y ciclogénicos.

Al pasar páginas —literalmente a la antigua, o a la de siempre, en papel— me alinee sin dudar, con la exdirectora de la Biblioteca Nacional, Ana Santos, que poco o nada lee en

formato digital porque leer un libro es un puro placer, asegura.

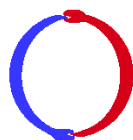
Creo recordar que en alguna ocasión he mencionado el ritual de un libro nuevo: de la contraportada en la que luce la sinopsis, a la solapa delantera donde aparece la semblanza del demiurgo creador; a veces, ojeamos el índice, y siempre, en modo abanico, pasamos una y otra vez las hojas para detectar aroma, olor a libro, a tinta recién impregnada, que vamos a paladear en cuanto podamos, emulando a un buen sumiller.

Ese sería un propósito libresco: adquirir un libro, no necesariamente comprado: solicitado como regalo, o en préstamo de la biblioteca municipal —reivindico desde estas líneas la labor de las bibliotecarias, en su mayoría mujeres, que nos aconsejaban lecturas en nuestra infancia en los ratos que en silencio pasábamos por las tardes en la sala comunitaria— o recoger más o menos subrepticamente, un libro de intercambio en el hueco de un árbol o en un banco del mismo parque...

No convendría esperar la primavera, el consabido 23 de abril para regalar rosa y libro, o libro y rosa (que no sé si tanto monta).

A la vez que el discurso social de Feliz Año (el coloquial “feliciano”) a propios y extraños hasta fechas veraniegas, deberíamos apostar por la felicidad de sujetar un libro, tal y como imaginó Antonio Machado a aquel maestro, “mal vestido, enjuto y seco que lleva un libro en la mano” en el poema “Recuerdo infantil”.

Me inquieta saber si en la lista de propósitos “añonueveriles” aparece el de leer un libro y, de hacerlo, en qué lugar: ¿después de ir al gimnasio? No lo creo; me malicio que se posicionaría en los últimos peldaños de esa cuesta que en enero resulta tan dura de subir y de bajar. Quizá la lectura pudiera contribuir a hacerla más liviana.



Sin recuperarnos de la resaca efervescente del premio Planeta, conocemos al galardonado con el Nadal. Elementos externos que animen a la lectura sí que los hay; otra cosa será si el público prefiere ocupar su tiempo en las rebajas que tanto tonifican y activan los circuitos neuronales liberando dopamina y serotonina, aunque sea de forma instantánea y fugaz; la lectura tiene otros beneficios: ejercita el cerebro, reduce el estrés, mejora la memoria, la concentración y el vocabulario, previene el deterioro mental y promueve la salud mental.

Como sabemos al final de *Don Quijote*, el ínclito caballero estaba más cuerdo que toda la patulea de personajes que le circundan y lo cercan a lo largo y ancho de sus aventuras. En nuestro afán ilusorio de nuevas lecturas a principio de cada año, se produce un fenómeno curioso: “Tsundoku”, término japonés que describe esa imagen tan común para muchos: en nuestra mesilla de noche ascienden columnas de libros apilados (“dokusho”)

Y nos martillea la sensación de culpa por la procrastinación y la alegría de posponer lecturas. Todo un folletinesco.

Ocurre que mientras el propósito se vaya a cumplir o no, el runrún no rumiarse durante los primeros días de mes con el deseo de leer y mucho, o poco, pero escogido.



¿Y de quién fiarse para llevar a cabo este propósito? ¿Qué consignas seguir? ¿Qué criterio adoptar?

Mirar las listas de los libros más vendidos puede ayudar, pero siempre resultan sospechosas de intereses económicos de editoriales y centros comerciales.

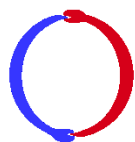
Preguntar al colega que se bebe los libros, o a la librería que está al cabo de lo nuevo y de lo escondido, o a algún familiar que sigue al *booksgrammer* más famoso...

¿Y si revisamos nuestra estantería? Libros encajados y apretujados en vertical y horizontal, porque no hay espacio para la inclinación, que corresponden a lecturas del colegio o a algún volumen que nos regalaron por nuestro cumpleaños, o los que compramos en aquel viaje al extranjero para ponernos las pilas con el francés.

O, sin más, leer el libro que entra por los ojos, porque tiene unas letras preciosas en una cubierta de lujo; elegir un libro porque es un novelón de 800 páginas de un autor consagrado o por su delgadez extrema como el poemario de 15 páginas de una amiga.

Pero, sobre todo, leer, como propósito de enero de 26 y de marzo, de junio y septiembre. Un hábito más estructural que coyuntural.

la que se nos viene, mejor enrocarnos en la fantasía propia e intransferible de cada uno; pertrecharnos en el deseo de inventar nuevos



mundos, fomentar las ganas de participar en los diálogos entre personajes de fábula, viajar a escenas de vendavales fríos y calor humano.

Por mi parte, celebro la llegada del “añonuevo”, y a ese feliz, me gustaría añadir un propósito libresco, sin turbios afanes ni espurias obsesiones.